

Caballito ó lugar de entierros clandestinos, que eran un horror; al propio Sur el Manco y las salidas á las calles del Niño Perdido; al Occidente, Chiquihuiteras, San Antonio y adyacentes; del lado opuesto Juan Carbonero y Tarasquillo, con sus jacales primitivos y sus costumbres como en las serranías más lejanas. Al Norte, alrededores de San Sebastián, Plazuelas del Carmen, Muerto, Golosas, Locutorio, Vázquez, etc. El hambre y la miseria, la llaga y el harapo, lo deforme y lo repelente, tenían allí su imperio. En las zanjas de los alrededores de la ciudad, y en algunas que daban á las calles, veíanse mujeres lavando y bañadores desnudos; los cerdos vagaban sin custodia por algunas plazuelas, y en los laberintos descritos algo indescriptible de gentes extrañas, de mendigos, de tipos patibularios, de ejemplares cadavéricos, de desenterrados, de anómalos y terribles, tenían su mansión, que dejaban muy atrás la Corte de los Milagros, iluminada con luz espantosa por la pluma de Víctor Hugo.

Puede decirse que hasta en los centros más habitados de la Ciudad, existían estos embrollos de callejones; esta retacería de construcción habitable de vericuetos sin salida como la Aleaicería, de la que quedan en pie los callejones de la Olla, de la Cazuela, etc., lado á lado de las amplias calles del Cinco de Mayo y prolongación de la calle de la Palma.

Las accesorias de esas casas eran regularmente pulquerías, bodegones, atolerías, y abrigo de gente pobrísima y sucia, que por la estrechez de la localidad esta-

ba constantemente llena de basuras y derrames que convertían el ambiente en peligro para los transeuntes.

Otras de estas marañas habitadas eran Tarasquillo y Cuajomulco, que han sufrido completa transformación, desapareciendo los callejones del Huerto y de Frías, la capilla de nuestra Señora de los Dolores y de lo que queda en pie el callejón de Salsipuedes y el de las Damas. No quedando ni remoto recuerdo de los jacales de indios carboneros otomiés, que ocupaban en amplia plazuela el costado de la capilla, y permanecían acostados sobre la tierra ennegrecida por el polvo del carbón, como si habitaran con toda seguridad sus aduares en Chihuahua ó Nuevo México.

Yo recorría esos lugares, y si los recuerdo, atropellando las reglas del buen decir y las conveniencias de la narración, es para hacer forzosa la comparación entre lo adelantado por la Reforma y lo que antes de ella existía.

Tales eran mis paseos; en mi andar al acaso me detenía como para interrogar á los edificios, para cerciorarme que eran ellos y que me conocían.

Por Peralvillo revivía en mi mente el activísimo tráfico de areneros, caleros, etc.; mesones, corredores de semillas, y en la garita, llamada en los tiempos pasados del Pulque, por hacerse por allí las grandes introducciones del licor de Xochil; las jamaicas y toros en los corrales que servían para que esperasen el registro los atajos de las haciendas de los Llanos de Apam.

Se encontraba en el mismo Estado, en la Estampa de San Lorenzo, la casa del célebre padre Marchena, comisionado por cierto Ministro de Relaciones para que espíase á Iturbide en Liorna y á quien se encontró asesinado, á su regreso al país, en el callejón del Ratón.

La esquina de Santa Catarina y los Parados traía á mi memoria la tradición del rapto de una de las damas de nuestra alta sociedad, en pleno día y yendo la señora con su esposo.

En medio de la plazuela de Santo Domingo, había una gran fuente que tenía en su centro una columna coronada de una águila.

La barda que rodeaba el edificio era maciza, de cal y canto, haciendo más triste el vecino edificio de la Inquisición, convertido más tarde en prisión de reos políticos *confinados al patio de los Naranjos*.

Alguien me ha asegurado, y yo no tengo datos para afirmarlo, que el Sr. Lic. D. Vicente Riva Palacio ha hecho estudios y posee documentos preciosos de la ex-Inquisición.

Ya me detenía en mis paseos al frente de la casa número 30 de la calle de Donceles, donde vivía siendo Ministro de Guerra D. Juan Almonte, en unión de su hermana D^a Guadalupe, de su hermano D. Antonio y de la bella y simpática Lola Quesada, esposa del general.

Ya registraba con la vista el número 21 de la calle de Tacuba, donde vivía el Sr. Gómez Pedraza y se le presentó Otero.

Esas disparatadas reuniones de pocilgas, casucas y jacales, tenían no se qué de anómalo como las personas: ya formaban incorrectas hileras, ya se aislaban dos ó tres como para conversar, ya espíaba la de más allá como en observación, ó se abrían como para armar plaza, ó parecían amenazarse ó acometerse, ó como que se escapaban en los callejones oscuros y tortuosos, ó se precipitaban en las acequias que encontraban á su paso y como para impedir su fuga.

En la calle de las Escalerillas número 2, me salían al encuentro los recuerdos del Sr. D. Francisco Ortega y familia, casa en que nació la aurora de la fama de Luis Martínez de Castro, Rodríguez Galván, Larrañaga, el Padre Silva y otros literatos insignes como Eulalio Ortega, Francisco, médico eminente y Aniceto, médico notable y músico, inspirado autor de la Marcha de Zaragoza.

Avanzando, ó retrocediendo al acaso, me parecía ver salir del número 6 de la calle de Santa Clara á D. José Ramón Pacheco, fino y esbelto, con su nariz roma, sus ojos garzos, su cabello lacio y rubio y su boca expresiva, entre cuyos labios parecían jugando el epigrama y el chiste.

En la casa de Pacheco vivió algún tiempo en su compañía D. Crispiniano del Castillo, jurisculto jalisciense de alta nombradía, Ministro de Santa-Anna, pequeño de cuerpo, con la risa en los labios y á quien llamaban el *maestrillo* por su tamaño y por haber sido maestro de Otero y otros jaliscienses ilustres.

En la misma calle de Santa Clara número 26 vivía Payno, cuando la literatura, el arte culinario, la ópera y la política formaban sus delicias.

Tratábase como gran señor, y allí se veían como montadas al aire y en exposición perfecta las singularidades de su carácter.

Su esposa era un dechado de gracia y talento, chiquita, ojos negros, agudísima en la conversación, la misma finura para hacer los honores de la casa.

Vivía en compañía de Payno Domingo Revilla, patriota entusiasta, instruido como *amateur* en la ciencia militar, amigo de todos los jefes de reputación, conocedor de todos los combates y sus peripecias, adorador de la crónica de cuartel, impetuoso y de corazón más noble y caritativo que puede imaginarse.

El cuarto en que Payno escribía estaba materialmente tapizado de cuadros, algunos de ellos de mérito exquisito.

Las cuatro paredes se hallaban cubiertas de estantes con libros, y en la parte superior había aves disecadas de gran tamaño, monos, ídolos, lagartos y cuanto le ocurría de raro y curioso.

Por todas partes, sobre libros y mesas, se veían figuras de trapo y de cera, curiosidades recogidas en sus viajes, y objetos históricos, más ó menos apócrifos; pero sobre los cuales Payno sabía ó inventaba deliciosas leyendas.

Cuando la pasión culinaria agitaba á mi hermano, aquello era estupendo; el mechado y la trufa, los pi-

kles y los hongos, el asado y la fritura, competían, y al recibir el bautismo de las más atrevidas innovaciones, resultaban confecciones sorprendentes, muchas de las cuales podían figurar entre los tósigos mortales sin las adiciones y agregados que las hacían sabrosas y sanas.

Payno, con su vestido adecuado, su delantal albeando y su gorro bombacho de breña, en esas faenas no se habría cambiado por los sabios ó guerreros más aplaudidos del mundo.

La parte que ve al Este del Paseo, estaba del todo despoblada, lo mismo que los alrededores de la ciudadela. Por Nuevo México se comenzaron á instalar varios obreros franceses que emparentaron *sans façon* con mexicanas, amigas de la civilización europea, y viéronse en breve transformaciones curiosas; entraron de rondón por las desmanteladas accesorias, la camita con cortinas y el reloj de palo, la escoba de palma y la parrilla, la cafetera y el tarro para la cerveza. La china aceptó sin repugnancia el túnico, el gorrito, y supo decir *Monsieur porte-vous tres bien y güi*, y el francés se desmorecía por el pulque, el sombrero ancho y las desvergüenzas de los léperos.

Como por encanto se abrieron cantinas francesas y cafés y los domingos sonaba el pistón, se chocaban vasos y copas, se bailaba y desternillaban de contento Baco y la madre Venus.

La población creció poco á poco, viéndose salir de atolerías y *fonduchas*, güeritos como en el boulevard

de San Antonio; apercibiéronse franceses de buen gusto de lo propicio del terreno para construcciones sanas y de hermosa vista, y sacaron la cabeza á la sombra de arbustos graciosos y de alegres flores las Quintas de Voltaire, de Rouseau; otras finquitas preciosas, nidos de familias trabajadoras y felices, y por remate un Sr. Nafeguí, poliglota y arbitrista instaló su fábrica de gas, con tan buen éxito, según malas lenguas, que hizo pasar los tubos de las cañerías por cañones de fusil, con lo cual se decía que hizo un negocio bárbaro.

Del lado opuesto, campeaba D. Sebastián Pane, introductor en México de los pozos artesianos según el sistema de China y de no sé cuántas regiones desconocidas, existentes sólo en el extenso mapa de su fecunda imaginación.

Era Pane italiano, según barrunto, de una talla de poco más de vara, rostro desproporcionado y como vaciado en un molde para hombre corpulento; ojos de relámpago, nariz exagerada, frente piramidal y, sobre todo, con una jiba que duplicaba su busto que podría pasar por baúl visto de canto, por trastienda, por apéndice y por adherencia estorbosa en toda circunstancia. Pero Pane era el hombre más emprendedor, más listo, más insinuante, más vivo de cuantos mortales he conocido.

Su movilidad era perpetua, sus recursos inagotables, su verba fascinadora, su elasticidad inverosímil y su arranquera obstinada y mordente como un cáustico.

Improvisó en el llano desierto una choza á lo Ro-

binsón; del fondo de una caldera de cobre hizo una caja para carretela, y de palos anónimos y con el auxilio del primero que pasaba formó el juego é hizo que se apareciese un caballo que parecía haber estado guardado por años enteros en un libro infolio, para servirse en la mejor ocasión.

Con un sorbete casi de la talla del propietario, un levitón color de café que le daba en las tabas, un chicote interminable y una creación en la cabeza, subió al carruaje para recorrer triunfal los accidentados vericuetos del crédito.

Trampa adelante fué su divisa; pero no para vicios ni caprichos; para hermosear esa lindísima parte de México y darle un testimonio de cariño á su ciudad querida.

Con su plan en la cabeza formó unos tanques á los que llamó Alberca Pane.

Los baños de agua fría por aquellos días estaban vistos como patrimonio exclusivo de los caballos y de la gente ordinaria, de suerte que el lujo se desplegaba en pro de los cuadrúpedos, teniendo un lugar muy separado la raza humana.

El baño del Sol, de Rivera, frente al costado del entonces Belén de las Mochas y hoy prisiones; el baño de las Delicias, del Lic. Zelaeta y algún otro muy al natural y primitivo como el Espejito, la Coyuya y el Niño Perdido, eran los sitios de recreo hidroterápico.

Pane se dedicó á acreditar su establecimiento y comenzó por seducir pilluelos holgazanes. Formada

clientela y hecha la propaganda, dió aviso de que admitía como moneda para el baño, panela, azúcar, muñecos, juguetes, cabos de vela y lo que pudiera estar al alcance de un muchacho, sin llegar al robo; brindó su baño gratis á algunas escuelas de niños pobres y se constituyó en calidad de orador apologista del agua fría y sus excelencias.

Una vez acreditada la alberca entre gente de mayor edad, se asoció Pane con personas conocedoras del pueblo y sus costumbres; acudieron músicos y danzantes, enchiladeras y vagabundos alegres, y en un día de San Juan Bautista, día de verbena en que se cantaba:

La mañana de San Juan
Hace el agua gorgoritos
Porque se van á bañar
Todos los cinco negritos.

Desplegó Pane todos los primores acumulados en los bailes entre músicas y bailes, almuerzos y solaces de natación; presentándose el baño con sus aguas cubiertas de flores, sus vejigas para los aprendices y sus corambres para ejercicios de las eminencias del arte.

Entre tanto, los pozos artesianos cobraban fama. Pane dispuso de fondos, compró terrenos, abrió calles, sembró árboles y verificó la transformación de esos deliciosos lugares de las albercas.

De vastísima instrucción, caritativo como muy pocos, complaciente con los niños y amante de México

como el que más, yo á Pane le erigiría una estatua como digno coronamiento de su obra.

Partiendo del principio del Paseo de Bucareli para la Plaza Mayor, se encontraba abandonada la capilla en que depositaban los cadáveres de los ajusticiados, y era como una dependencia de la cárcel de la ex-Acordada. Al costado de la capilla se hallaba el célebre jardín de Tolsa, con su amplísimo tanque para bañadores, sus calles de flores y sus cenadores propicios al baile y al amor.

En ese jardín, y por un precio módico, se disponían almuerzos, comidas y fiestas, que fueron el encanto de nuestros mayores.

El frente de la Acordada estaba despoblado, y pegado á las paredes de San Diego una zanja y árboles á su orilla. Después de la Reforma, el convento se declaró del padre Davis, de la familia del Mariscal de Castilla, por línea materna, y por la paterna de M. Davis Brambusen, inglés que vino á México con la expedición de Mina, y fué heroico como sus compañeros. La Alameda estaba rodeada por sus cuatro costados de una ancha zanja, y en su parte interior, al borde de la zanja, una corrida banca de piedra y su banquetta enlosada.

Casi la mitad de la calle del Puente de San Francisco era de casas entresoladas. En una de ellas vivía la célebre cantatriz llamada la *Chata Munguía*, repertorio de gracia y zandunga de chiste y jaleo, y que en sus tiempos llevaba en su pos una brillante cauda de amartelados admiradores.

Tenía la *Chala* cuatro hijas: Guadalupe, Joaquina, Anita y Marusa.

En la casa se hacían los honores á las visitas con la mayor finura. Se tenían en las puntas de los dedos las biografías de Luciano Cortés, actor lleno de inspiración; Amador, de buenos estudios de latinidad; Salgado, de una familia muy distinguida; Castro, discípulo aventajado de Gorostiza é Higinio Castañeda, que comenzó por bailarín y concluyó por ser un gran actor. En esas tertulias tuve la honra de tratar á Miguel Balbontín, oficial de artillería, todo pundonor, caballerosidad y decencia; á Lucas Balderas, comedido, modesto y servicial como pocos; al ciego Dueñas, eminente músico, gran tocador de guitarra, de clarísimo talento y de una versación en el gran mundo, que le dió merecida celebridad.

Enderezando mi excursión para la Plaza, me encontraba á la derecha con la tapia altísima del convento de San Francisco, que ocupaba al Norte media calle, y toda la parte Sur al Poniente.

Casi en la esquina Norte espiaba á los transeúntes una ventanilla correspondiente á la celda del padre Olmos, y al Occidente la Puerta Falsa, ó sea la puerta de las poridades de la santa comunidad.

En esa parte alta se instalaron los defensores de la patria, al mando de D. Fernando Escandón, y allí hice mis primeras campañas, que señalaron tamaladas, meriendas y bureos. En esa época estuvo allí prisionero el célebre padre Alpuche.

A los pocos pasos de la Puerta Falsa, estaba la fría y dilatada galera de la escuela, escuela típica frailuna, con sus letreros de Roma y Cartago, para excitar la emulación de los chicos, y que llevaran su entusiasmo hasta romperse las cabezas, romanos y cartagineses. El aro, productor de Aguinaldos á la vista, en un rincón amenazando la calma, la palmeta sobre la mesa, y junto al enorme tintero de plomo, erizado de plumas de ave, en un clavo, escurriendo, la disciplina con la extremidad de sus ramales, forrados en pergaminos, y en alto, grotescas, burlonas y terribles, las orejas de burro, maquinita indecente para aniquilar la vergüenza del niño desde su primera falta.

Al frente, casi de la puerta principal de San Francisco, se hallaba la Plazuela del marqués de Guardiola, cuyos últimos vástagos, como los de otros muchos nobles, acabaron en la miseria.

Lado á lado de la Plazuela de Guardiola se veía la célebre casa de Azulejos, cuya historia ha trazado con la maestría que acostumbra mi querido amigo González Obregón.

En esa casa, y como palpitante después de los muchos años pasados, se recuerda la tragedia en que tuvo ó se supone que tuvo parte D. Lorenzo Zavala.

A Zavala se atribuyó el asesinato del conde del Valle, por haber ocurrido su muerte el año de 1828 en los momentos del tumultuoso pronunciamiento de la Acordada, en el que Zavala figuraba en primera línea como uno de los jefes del partido yorkino, siendo el

conde miembro notable del partido escocés; pero el hecho, tal como lo refiere la tradición y los papeles de la época, acaeció como sigue:

Un obscuro oficial de artillería, llamado Palacios, enamoró y pretendió casarse con una hija del conde del Valle. Al plantear sus pretensiones, pidiendo al conde la mano de la joven, fué rechazado bruscamente, echándole en cara su pobreza y su origen plebeyo. Mediaron con este motivo enconos contestaciones, y engendraronse odios profundos. Tal era el estado de las cosas, cuando estalló el pronunciamiento de la Acordada.

En medio de la confusión, la gritería y los balazos, Palacios se introdujo, espada en mano, á la casa del conde, vomitando injurias y desafiando gente.

A los gritos del patio, la familia, que se hallaba en los corredores, manifestó su espanto.

El conde acudió, descendió resuelto la escalera, y en el descanso le encontró Palacios, hundiéndole la espada y dejándole muerto á sus pies.

La causa de Palacios duraba hasta 1830, año en que la familia del Conde instó por la conclusión de la causa y castigo del asesino, quien fué desaforado y ahorcado en garrote vil en la cochera de la casa del Conde, contigua al Callejón de la Condesa que después fué Pulquería y después barbería de D. Antonio López. En los entresuelos de esa casa vivieron algún tiempo: Escudero, célebre diputado yucateco y D. Manuel Barbachano, erudito y correcto escritor de costumbres, men-

cionado con estimación en los libros del distinguido literato D. Francisco Sosa.

Se contaba entonces que la Sra. Berrio de Moncada, creyendo próxima su muerte, teniendo más de 700 mil pesos en caja, quiso asegurar la fortuna de su hijo, á quien no conceptuaba apto para el manejo de tan gran caudal, y mandó hacer á un afamado arquitecto dos casas suntuosas: la primera el conocido Hotel Iturbide, la segunda Puente del Espíritu Santo y Calle de Capuchinas, donde hoy existe el Banco Nacional; el hotel tuvo de costo trescientos sesenta y tantos mil pesos y trescientos mil el Banco.

El hotel se vendió á los Sres. Zurutuza, después á Landa, y al último, en menos de 200 mil pesos á D. Felipe Iturbe.

Una casa chaparrona de tosca arquitectura y balcón corrido, era la habitación del Conde de Santiago y su familia.

Era el Conde insigne bienhechor del Convento de San Francisco, donde gozaba especiales honores y prerrogativas especialísimas. Había en el Convento una sala interior en que estaban con gran pompa y culto los sepulcros de los Condes.

La casa del Conde era como sucursal del Convento, allí se confeccionaban funciones y se discutían capitulos. Allí las señoras estaban en perpetua tarea para bordar paños de cálices y frontales, preparar vestidos para los santos y atender en un todo al decoro y lucimiento del culto, en lo que gastaba la familia gruesas sumas.

La casa era muy opulenta, el servicio de la mesa de plata, lucían en las paredes espejos venecianos de altísimo precio, los tapices chinos de riquísimos bordados lucían por todas partes, y valiosísimos tibores chinos, biombos con paisajes y figuras de oro, muebles de linaloe y caoba con incrustaciones de concha y trastos chinos hermosísimos, ponían de manifiesto la antigua grandeza de la casa y el buen gusto de los propietarios.

Y así, siguiendo en cada páseo, me decía: allí en aquella casa contigua al Hotel Iturbide, donde por algún tiempo se trasladó el Colegio de Minería, siendo su Director D. Francisco Robles, padre de D. Manuel Robles Pezuela, murió el sabio padre Nájera, lumbrera de la Iglesia, honra de las letras y oráculo del partido conservador.

Más adelante, reconocía la gran casa de Borda, cuyo arco interior se admira en el patio como un primor de arquitectura.

Según la tradición, Borda no se llamaba así cuando vino al país, sino de la Borde, de origen francés que castellanizó en México su apellido. Borda estuvo radicado por algún tiempo en Zacatecas, donde emprendió el laboreo de una de aquellas minas que le dió su primera y rica ganancia.

Andando los tiempos se trasladó á México, y después fué á radicarse á Taxco, donde tuvo la estupenda bonanza de que se conserva memoria.

Con los productos de esa bonanza fabricó el magní-

fico templo de Taxco, verdaderamente opulento, al que dotó con la espléndida custodia que formaba la principal joya de nuestra Catedral.

No sé con qué fundamento se dijo en un tiempo que Borda empeñó á los Canónigos la custodia en trescientos mil pesos, y que en esa cantidad se les quedó. Pero en los inventarios de la Catedral consta la custodia comprada á Borda en cien mil pesos, advirtiendo que valía mucho más.

Respecto á la casa esquina del Coliseo y San Francisco, se dijo que el intento de Borda fué comprar la manzana entera y rodearla de un gran balcón corrido en la parte superior y otro en el entresuelo; pero el proyecto se frustró y quedó siempre una balconería de grande extensión.

Borda murió en Cuernavaca el 30 de Mayo de 1778.

En la esquina del frente, vivió el célebre marqués de Vivanco, militar de reputación universal, emparentado con las más distinguidas familias, y dueño de la riquísima hacienda de San Antonio de las inmediaciones de la Capital.

En el centro casi de esa calle y viendo al Sur, revivían en mi memoria, las tertulias de la Sra. Zozaya con su Doctor Puchet; el famoso criminalista, de conversación amenísima, su Nacho Algara, graciosísimo y sin igual para remedar; cómicos y cantores de iglesia, personajes típicos y damas de moda, con su Garayalde pulero, su Fernando Calderón expansivo y sus enjambres de muchachas deliciosas.